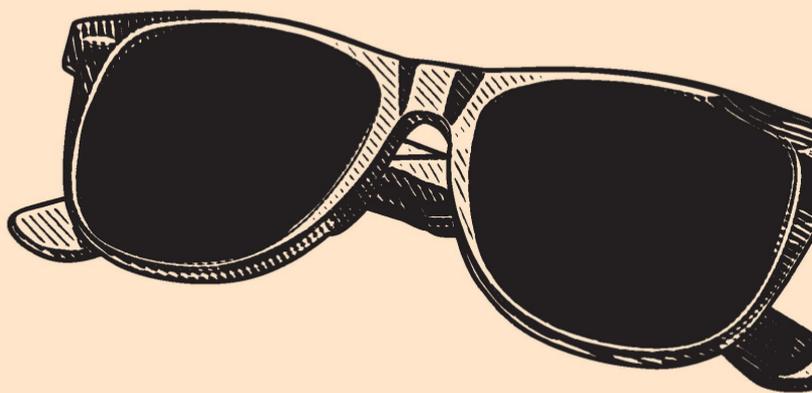


CÉSAR

AIRA

EMBALSE



emecé

CÉSAR AIRA

# Embalse



emecé

## Capítulo I

Los ruidos de la noche subían discretamente a la montaña por sus caminos preferidos. Salvo la conversación de los loritos, que habría resultado incongruente a esa hora, todos los demás eran posibles. La curva de la ruta que abrazaba la montaña se llevaba rápido el susurro de un auto, y en el vacío subsiguiente crecía el zumbido de millones de chicharras u otros insectos equivalentes. Este zumbido se confundía con el del silencio mismo. Algún árbol en la sombra movía con indolencia su vasta ropa de cama. A partir de cierta hora, después de la una, se apagaban las radios que transmitían música humorística o sentimental, algunas muy lejanas, traídas increíblemente por el viento inmóvil. Entonces el único ruido humano que oía Martín desde la cama era el de las bochas en la Colonia de Vialidad. Debía de haber un grupo de veraneantes muy entusiastas de ese deporte, muy compenetrados. Temprano a la noche, después de la cena, a veces antes, cuando tomaba su whisky en la veranda,

los oía también, pero mucho más tarde los sonidos se precisaban; se imaginaba que entonces quedaban los jugadores realmente adictos, los que se tomaban el juego en serio; los bochazos dejaban de ser saluados por exclamaciones de niños o mujeres, caía el acompañamiento de risas y conversaciones, los chistes sobre una falla o un error de cálculo, o sobre algún golpe supremo de suerte: de madrugada quedaba solo el deslizarse de las bochas en la arena apisonada, el golpecito suave y seco de una contra otra cuando se tocaban, muy raramente un golpe algo más fuerte, casi nunca el rebote contra el frontón de madera. Después de la serie (podía contar los tiros, uno por uno), el entrechocarse desordenado de las bochas cuando las empujaban con el pie hacia el otro lado; y aun este ruido no era del todo desordenado, tenía su corrección, como que era una limpia inversión de perspectiva. Si hubiera sabido jugar, habría podido reconstruir toda la partida, y hasta reconocer la mano de cada jugador, tan nítido le llegaba el sonido, desde doscientos metros de distancia por lo menos, y al otro lado de la montaña y la ruta. Seguían por lo común hasta las tres y media o las cuatro. Una vez se adormeció y creyó despertarse rato después (todo esto lo reconstruyó a la mañana siguiente, y no supo si lo había soñado); miró el reloj a la luz del día naciente, y eran las seis:

todavía persistía el ruido de las bochas. Oyéndolas a altas horas, se le ocurría una historia apenas fantástica: los jugadores se iban a dormir, y las bochas, que quedaban en la cancha, jugaban solas el resto de la noche, con movimientos suaves, discretos, rodeando el bochín con verdaderos milímetros, sin apuro, sin agresividades de ganador, como puro deporte sin hombres.

A veces oía también algún ruido casi imperceptible proveniente de las piscinas, a mitad de camino, del Centro de Piscicultura: un chapoteo, una respiración entre agua y aire, unos desplazamientos de los grandes perros del Profesor.

Pero en general, en sentido amplio, el sonido de la noche era un susurro, un grito conjunto de todos los insectos que zumbaban con leves intermitencias como un oleaje, y se confundía con la respiración de Adriana a su lado —aunque si se concentraba podía diferenciar uno de otra. Una vez, hacia la medianoche, ya con la luz apagada y todos en la casa dormidos salvo él, en un lapso de grandísimo silencio le había llegado con toda nitidez una frase dicha con altavoz a no menos de cinco kilómetros de distancia: «Último aviso a los señores pasajeros que abordan el micro al casino». Esto sucedía en los grandes hoteles, al otro lado del lago: llevaban a los jugadores sin auto al casino de

Embalse. Esa frivolidad suprema volaba, atravesaba la noche encabalgada en la proximidad absoluta del azar y el tiempo.

Adriana dormía profunda y plácidamente, siempre, como los niños. Desde que habían llegado, decía que soñaba todas las noches, cuando en Buenos Aires había dejado de hacerlo hacía muchos años, salvo excepcionalmente. Y como si se viera en la obligación onírica de recuperar el tiempo perdido, veía en sueños a sus abuelos muertos, escenarios de su infancia, volvía a encontrarse en casas donde había vivido, toda su vida se precipitaba en las turbulencias calmas de su reposo, sin que una sola vez se alterara el ritmo del aliento. Se preguntaba por la causa de este fenómeno, pero no tenía nada de extraño. Si los sueños son la respuesta a las sensaciones del cuerpo dormido, era lógico que la mudanza los provocara de nuevo tras un largo período de insensibilidad debida al acostumbramiento. De modo que ella también estaba oyendo esos mismos ruidos lejanos de su insomnio, pero los interpretaba de otro modo, como relatos o maquinaciones de su memoria. Y era lo mismo, otra vez: lo lejano se hacía próximo, inmediato. Cuando Martín caminaba en extenso por el camino del lago, solía oír un chapoteo, siempre el mismo, que aunque no era más que un pliegue del agua dándose vuelta contra

unas piedras de la orilla, le hacía pensar infaliblemente en el cuerpo de un bañista zambulléndose, y dirigía a la fronda una mirada fugaz que tenía un regusto de indiscreción, como en la ciudad cuando pasaba frente a una vidriera con ropa interior femenina. No importaba que fuera bajo la luz cruda del mediodía: el día tocaba lo más profundo y secreto de la noche, la alcoba donde se dormía y velaba, con su promesa de amor. El amor para él había sido eso, siempre: una aproximación que, bajo otra luz, parecía imposible; un contacto traducido de vagas aventuras selvícolas. Y también, por supuesto, un sueño hecho realidad.

Al regresar del pueblo Adriana le dijo que había visto por fin un cordobés auténtico. Levantó la vista interesado: Adriana tenía ideas muy peculiares sobre la gente, era muy observadora, mucho más que él. Él habría jurado que todos sus vecinos eran cordobeses típicos y genuinos. ¿Vos no viste ninguno todavía? le preguntó ella sonriendo, halagada por su interés. Martín negó con la cabeza. Ella: No creo que hayas visto a este, te habría llamado la atención. —¿Sí? ¿cómo era? —Pasó a describírselo: —Fue a la ida, antes de llegar a la iglesia, venía caminando por una de esas callecitas del lado interno de la ruta, y pasó a unos

cincuenta metros de mí. ¡No puede decirse que lo haya examinado de cerca! Martín se rio. —Era más bien bajo, por supuesto, nada fornido, muy negro, la cara no se la vi bien, es decir, no me fijé, pero debía de ser muy feo... ¡Pero el pelo! Le llegaría a la mitad de la espalda por lo menos, y eso no era nada. Negro, como el ala del cuervo y con una tremenda ondulación, no mota, sino lacio, con ondulaciones grandes, de peinado, una armazón cuadrada, que habría parecido excesiva en alguien que midiera medio metro más, imagínate en él. —¡Pero era un monstruo! exclamó Martín siguiendo los gestos con que su esposa complementaba la descripción. —No, decía ella entre risas, ¡era un cordobés típico, por fin vi uno! —¿Pero cómo puede ser típico con ese aspecto, con esa melena? ¿No era un marginal? —¿Por qué? —Martín se quedó pensando. —¿Cómo iba vestido? —Camisa blanca, creo, y pantalón negro, todo muy pobre y sucio. —No, no era un marginal. ¿Qué podía ser sino un cordobés auténtico? —Habría que haberlo oído hablar —dijo Martín. Ella replicó que en este caso era innecesario. Los dos habían notado algo curioso: el acento cordobés se hacía menos marcado con la edad. Los niños lo tenían de un modo casi excesivo, los viejos lo habían perdido casi por completo.

Tuvo una sorpresa hablando con Andrada mientras esperaban el ómnibus en la casilla de la parada. Serían las cinco y media de la tarde, y había una buena cantidad de langostas saltando afuera, o hacia adentro, porque los bichitos no parecían tener muy en claro la dirección en la que brincaban. La conversación tomó naturalmente el rumbo del daño que significaban esos insectos para la agricultura, sobre todo en el pasado. Por supuesto que en el pasado: Andrada era viejo y sabía lo que habían sido, y nadie más podía saberlo. Pero, dijo, y aquí estuvo el giro sorprendente del asunto, el sistema usado para exterminarlas, aunque había tenido un relativo éxito, y él podía asegurarlo, era inadecuado en su brutalidad masiva, ¡esa idea de fumigar veneno desde un avión, para matar a unos animalitos de cinco centímetros, a quién se le podía ocurrir! Era un mal menor, para la vegetación y para otros animales (para algunos, además, muy útiles por otro lado, podía resultar un mal mayor), y aunque así no fuera, resultaba incómodo, y sobre todo pecaba contra la economía. Hoy, concluyó, hay métodos infinitamente más adecuados, gracias a las computadoras. Martín se sobresaltó al oír esto último, en parte porque él trabajaba con computadoras, y no había oído que se las usara para matar langostas (o mejor dicho,

sí creía haber oído algo, o algo que por extensión podía aplicarse), y en parte por lo curioso que le resultaba que el viejo gaucho hiciera mención de esa tecnología, en estos páramos. Pasó un auto. El sol de la media tarde caía a plomo, en un blanco absoluto. Los saltos torpes de las langostas se repetían a sus pies en la invisible línea de la sombra del techo de la garita.

La eco-nomía de la naturaleza, le explicaba el viejo, era, como la palabra misma lo decía, la ecología. Esta era, según el significado de sus palabras, aunque no sus palabras mismas, la disposición general y recíproca de todos los elementos que componen la naturaleza. Por ejemplo, las langostas se comen a las plantas, pero las plantas comen las sales del suelo, y a las langostas se las comen los pájaros... Ya sé, ya sé, lo interrumpió Martín, que años atrás había leído varios libros de ecología, en un típico arranque de lector urbano, movido por múltiples intereses sucesivos; trató de no darle a su interrupción el tono irritado que le habría sido natural dados sus sentimientos de impaciencia en ese momento, pero no lo logró del todo, no tanto porque no supiera ocultar sus sentimientos sino porque a la irritación obvia que producía el viejo con sus pedanterías extemporáneas se agregaba el hecho de que pensara en ese momento que él por su parte nunca habría hecho una deducción práctica de

sus lecturas ecológicas, como parecía estar a punto de hacerlo su interlocutor.

Pues bien, siguió Andrada, la complicación de todas estas relaciones era superior al entendimiento humano, pero no al de las computadoras. De hecho, según su modesto entender, era la finalidad más apropiada para las computadoras, en ningún otro campo se revelaba tanto su utilidad.

Nunca lo había pensado, pero bien puede ser así, confesó Martín. Y eso, agregó, que las computadoras son mi trabajo. Dijo esto último en el sentido de una revelación, pero Andrada, lanzado en su explicación, no lo había oído.

Hecho el cálculo de todas las variables y todos los datos, cosa que solo la computadora podía hacer, siguió, la solución debía ser necesariamente simplísima, sencillísima, una bicoca, por ejemplo matar *una* langosta... ¡¿Cómo *una* langosta?! preguntó Martín. ¡Sí señor! Una langosta macho, o hembra si así lo decía la computadora, puede ser por esos azares innumerables del destino y los destinos de la naturaleza (lo innumerable, en esta hipótesis, ha dejado de ser problema, por el contrario es la clave de la solución), puede ser la clave de la reproducción de una manga entera, etcétera. Lo grande depende de lo pequeño. Aquí Andrada entró en reflexiones de tipo particular,

cosas que se le habían ocurrido a él no más —como si lo anterior fuera puro saber objetivo. Y era que no sería necesario *matar* a esa langosta clave: ¿para qué? Bastaba con neutralizarla en su capacidad reproductiva, esterilizarla en una palabra. Como los avances de la microcirugía iban a la par con los de la informática, a su juicio, siempre a su juicio, no sería necesario siquiera castrar al insecto en cuestión, bastaría con provocar infertilidad dejándole intacta la capacidad para gozar del sexo. Y todo eso, concluía, podría realizarse asimismo no sobre la langosta directamente, sino, teniendo a la mano todos los datos, sobre el individuo de la especie de insecto o vegetal, un ser vivo inferior, del que dependiera la fertilidad de ese individuo langosta clave, o, siguiendo la serie, del que dependiera en segundo grado, en tercero, y así hasta llegar a un microorganismo, en cuyo caso la economía llegaría a su deseable extremo, a lo realmente justo.

Martín, que había seguido con cierta atención el razonamiento, se preguntó si no sería un caso de la renombrada sorna cordobesa... Sospechaba más bien que hubiera influencia del Profesor, pues Andrada hacía trabajos de jardinería en el Centro de Piscicultura. Seguramente el Profesor le daba conversación en el curso de sus lentísimas podas.

Pero ¿qué es un acento? se preguntaba. ¿Qué es un acento? Eso lo rodeaba por todas partes, y no era nada, o era indiferencia apenas. Las mujeres sobre todo, eran las que menos sobreactuaban su modo de hablar. Hablaban normalmente, pero a su manera. En ellas podía volverse inimitable y aun así, imitable, a la larga. Todas las mujeres cordobesas que veía estaban ocupadas, trabajando, atendiendo los negocios, yendo y viniendo con niños y bolsas de compras. Y hablaban, por supuesto. Se hacían entender. Nada era diferente, podía decir, a lo que sabía de la vida en general. Como máximo podía decir que ponían un cierto acento interrogativo (o a él le parecía así) general, en las frases que soltaban, con sus vocecitas agudas. ¿Quién llamaría a eso el «acentado»? Era otra cosa. Era una ondulación del espacio, una perspectiva.

Un esbelto pájaro negro, con el pecho rojo y un largo pico curvo, comía tranquilamente un higo posado en una rama.

En un arbusto retorcido, se abrían tres espléndidas flores como orquídeas, de un rojo sangre. Y más suntuosa que ellas, otra, seca y oscura, de forma extraña, que a Martín le pareció la flor más exquisitamente

marchita que hubiera visto en su vida. Salvo que alzó vuelo cuando él pasó, porque era un pájaro, una de las avecitas lacre que había visto tanto.

A la vera del camino del lago se alzaba una gran piedra de mármol blanco, ovalada, de la altura de un hombre. Se detuvo a mirarla un instante, sin pensar en nada, ¿en qué podía pensar? Atrás de su casa había una igual, pero mucho más pequeña. Era una mera cuestión de tamaño, ¿y qué otra cosa podía ser, en una piedra? Quizás ese blanco que parecía tan lúcido pero era opaco, brutalmente facetado.